

“QUÉ BAJE EL DÓLAR, LA PUTA QUE LO PARIÓ”. RUSIA 2018: ENTRE EL FÚTBOL Y LA POLÍTICA

Julia Hang*

A medida que se acercaba el Mundial de fútbol masculino, en los medios de comunicación comenzaban a aparecer intervenciones que alertaban sobre los posibles *usos políticos* del Mundial, que en Argentina llega en un contexto de crisis económica, marcada por una fuerte suba del dólar, crecimiento de la inflación, acuerdos con el FMI y renovación de figuras en el gabinete de gobierno. Estas advertencias y los debates que de allí emergen, ponen de manifiesto la compleja relación que existe entre fútbol y política, siendo la Copa del Mundo el espacio por excelencia en el cual estas relaciones se hacen más evidentes, y donde las ciencias sociales, el periodismo deportivo y el sentido común aprovechan para vincular estos dos conceptos de los más diversos modos. Podríamos esbozar, entonces, dos hipótesis acerca del modo en que fútbol y política se relacionan, y que tienden a organizar las lecturas que se hacen del Mundial: la primera, que el fútbol *tapa* la política; la segunda, que la política *usa* al fútbol.

Si hacemos el ejercicio de prestar atención al modo en que algunos noticieros o programas televisivos de debate presentan las noticias sobre el campeonato, encontraremos estas hipótesis atravesando

* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte, políticas públicas y sociedad.

las distintas intervenciones. “Ahora vamos a lo importante”, decía un periodista de C5N al presentar la noticia sobre el paro de camioneros del 14 de junio, después de haber presentado la ceremonia inaugural del mundial, como si el fútbol (lo “no importante”) distrajera a los sujetos de una experiencia directa de sus condiciones materiales de explotación. Esta concepción, que en el marco de los estudios sociales del deporte encontramos en los autores deudores de la teoría crítica, encuentra que, en tanto fenómeno popular y de masas, el deporte opera como instancia que enajena las conciencias de practicantes y consumidores quienes de otro modo hubieran tenido un destino de crítica y transformación de la realidad social. Estas teorías, que hablan más de las expectativas y clasificaciones morales de quien las enuncia que de lo que efectivamente los sujetos hacen con el fútbol, parecen contraponerse con aquellas que ven en el deporte un objeto de culto y que permitirían encontrar, por ejemplo, en la suspensión de un partido amistoso contra la selección de Israel, un aporte a la “paz mundial”, sobredimensionando así la función civilizatoria del deporte, otra de las dimensiones que la teoría social tendió a destacar al explicar el proceso de *deportivización* de las sociedades modernas. En esta lectura se inscribe, también, la apuesta del gobierno de Islandia, el primer rival de la selección argentina, que hizo del fútbol una exitosa política pública orientada a disminuir los altos niveles de consumo de drogas y alcohol de su población, o la lectura de la antropóloga brasilera Simoni Guedes, cuando buscaba iluminar los sentidos de las protestas masivas en la Copa Confederaciones en el año 2013, sosteniendo que en un país como Brasil sólo el fútbol es capaz de producir y elaborar simbólicamente la unidad de la nación (Lahud Guedes, 2013: 89-100).

Las afirmaciones sobre que el mundial *tapa* algo o que la política *usa* al fútbol, supone dividir la vida social en esferas, siendo algunas subsidiarias de otras, activando así juicios de valor antes que análisis basados en evidencias empíricas, y ubicando al deporte en el terreno del opio de los pueblos. Se subestima al mismo tiempo la capacidad que los actores sociales poseen de apropiarse críticamente del espectáculo deportivo y de su práctica, como muestran los hinchas argentinos que desde Moscú imponen el *hit* “que baje el dólar” con el ritmo del canto que, insultando al presidente, se había popularizado en las tribunas argentinas en el verano de este año.

La televisión argentina transmitió la ceremonia inaugural de Rusia 2018 minutos después de haber cubierto durante casi un día el debate y la votación histórica en el congreso que otorgó media sanción al proyecto de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (debate que también fue acusado de “tapar” la realidad política del país). Podemos afirmar que muchos de los y las periodistas encargados/

as de cubrir el evento se mostraban más preocupados por el resultado de la votación en lo que llamaron el “Mundial del año verde” o el “Mundial de las Mujeres”¹ que por el inicio de Rusia-Arabia Saudita, evidenciando que la relación entre fútbol y política no es tan lineal, y que apasionarse por el Mundial de ninguna manera opacaría procesos sociales que las sociedades van definiendo como importantes –como tampoco permitiría, como muestra Alabarces (2018), establecer un paralelismo entre éxito deportivo y éxito político–.

Del lado de lo que la política hace con el Mundial, podemos pensar, inspirados por uno de los primeros académicos latinoamericanos dedicados al análisis del fenómeno deportivo, el antropólogo Roberto DaMatta, que las sociedades modernas, por ser extremadamente fragmentadas, tienden a multiplicar los rituales nacionales –entre ellos, los deportivos– como formas de refuerzo y recreación de la totalidad social. Tanto la sociedad rusa que oficia como sede de la presente edición, como las pasadas y futuras sedes de las copas del mundo, no desconocen la potencialidad del fútbol para crear y recrear la totalidad. Lo sabe Putin, quien desde la ceremonia inaugural apostó a mostrar una cara más amable de la política, pero que también promovió la instalación de estadios en ciudades estratégicas para su geopolítica. Lo sabían también los militares argentinos, que a través de la organización del mundial 78 buscaron legitimarse no solo mediante la creación de obras e infraestructura que colaboraron al desarrollo económico del país sino también mostrándose como una sociedad capaz de organizar un evento de tal envergadura, como muestran algunas investigaciones sobre el tema. Lo sabe Mauricio Macri, que ha apostado a la posibilidad de que Argentina sea, junto con Uruguay y Paraguay el escenario del Mundial 2030 y los Juegos Olímpicos en 2032, empezando por los Juegos Olímpicos de la Juventud que tendrán lugar este año en la ciudad de Buenos Aires.²

En tanto hecho social total, el Mundial permite volver a pensar la sociedad como una totalidad, que si bien con fines analíticos separamos en esferas o dimensiones como la política, el deporte o la economía, es imposible de escindir si no queremos perder de vista que en

1 “El mundial del año verde” en *La vaca* <<http://www.lavaca.org/mundial/el-mundial-del-ano-verde/>> y “El mundial de las mujeres” en *Página 12*. En <<https://www.pagina12.com.ar/121613-el-mundial-de-las-mujeres>>.

2 Las investigaciones académicas y periodísticas sobre el Mundial 78 han mostrado además la aparición de grietas en la política de la dictadura, siendo el mundial una instancia en la cual las organizaciones políticas perseguidas y reprimidas tenían la oportunidad de difundir internacionalmente las denuncias de desapariciones y represión del gobierno dictatorial. La edición especial de la *Revista NAN* muestra estas grietas a través de sus 78 historias sobre el mundial <<http://papelitos.com.ar/home>>.

la vida social todo está mezclado. En definitiva, ¿qué más político hay que las operaciones que hacen de una competencia deportiva entre varones un evento que refiere, crea y unifica a la nación?

BIBLIOGRAFÍA

Alabarces, P. 2018 “Del fútbol y la política, o sobre cómo el deseo puede cambiar la teoría” en *Perfil* (Argentina). En <<http://www.perfil.com/noticias/elobservador/del-futbol-y-la-politica-o-sobre-como-el-deseo-puede-cambiar-la-teoria.phtml>>.

Lahud Guedes, S. 2013 “El Brasil reinventado: Notas sobre las manifestaciones durante la Copa de las Confederaciones” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires: Fundación Foro Nueva Sociedad) N° 248, pp. 89-100.